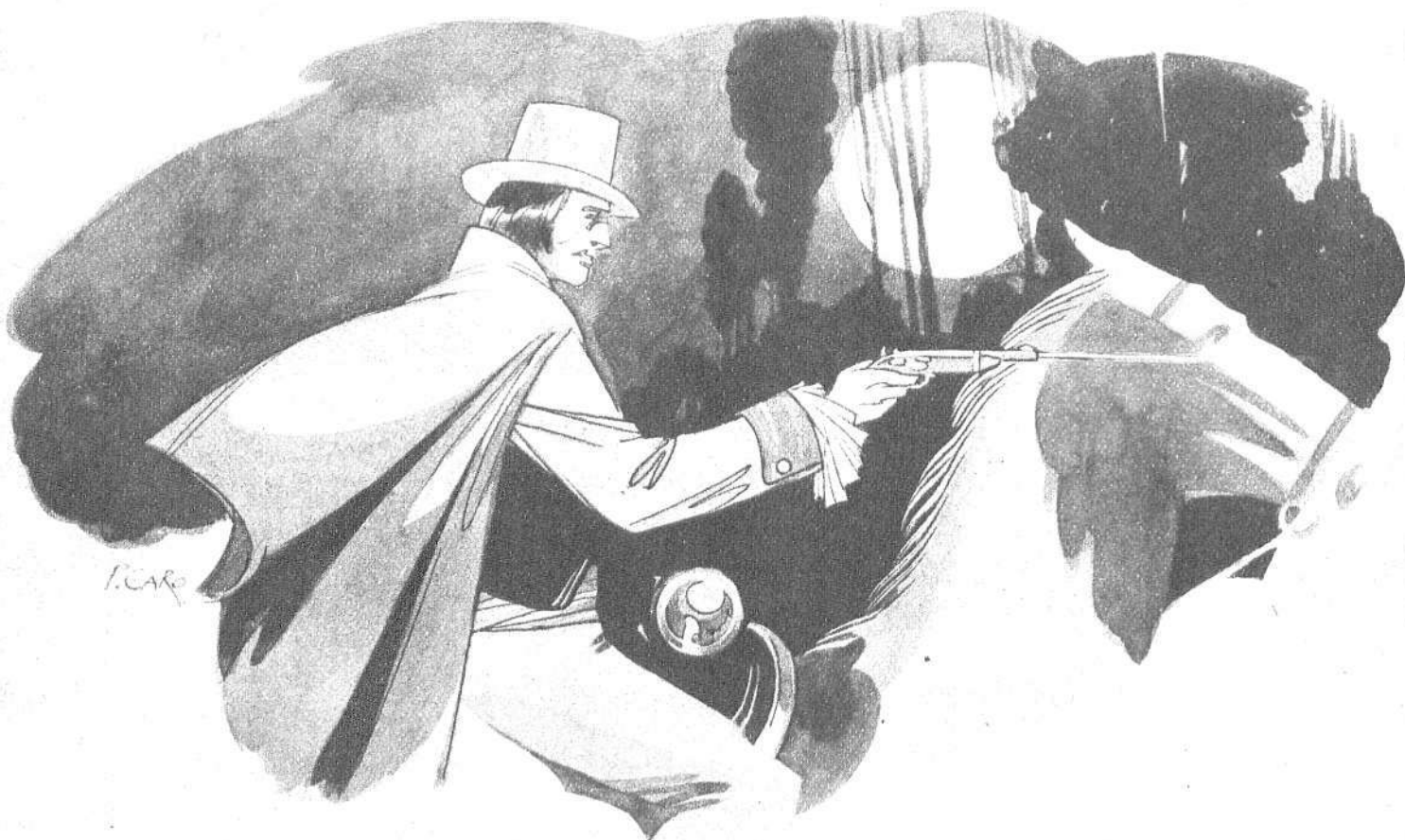




A media noche

ALLA iban jinete y espolique envueltos en una nube de polvo.

La hora, el sitio, lo solitario del camino y el fondo sangriento de los celajes del ocaso hacia donde corrían aquellas dos sombras, todo parecía plagar algo funesto. Los vencejos, semejantes a espíritus negros desprendidos por la muerte, atravesaban volando la llanura inhóspita. En la encrucijada de dos malos caminos de herradura, si bien uno de ellos mucho más solitario y temeroso, tiró el jinete de las riendas al caballo y lo paró, dudando entre cuál de los dos elegiría; y el espolique, que corría delante, parándose a su vez y mirando alternativamente a una y otra senda, preguntó en dialecto:

—¿Por qué mano echamos?

El jinete dudó un instante antes de decidirse; después contestó:

—Por donde sea más cerca.

—Como más cerca es por bajo; solamente que por Celtigos se evita pasar de noche la robleda del molino... ¡Tiene una fama!... ¡Madre de Dios de Bradomín, qué fama tiene!

Volvió a dudar el de a caballo, y tras un momento de silencio a preguntar:

—¿Cuánto más podrá haber por uno que por otro lado?

—Lo que hay... Por eso aun le es un buen pedazo.

—¿Habrà tanto como de aquí al molino?

—Habrà bien.

El jinete dejó de refrenar el caballo.

—¡Es mucho!... ¡Es mucho!

Y sin detenerse echó por el más solitario de los dos caminos que atraviesan aquella llanura cubierta de hierba desmedrada y seca que le da un aspecto de triste monotonía, sólo interrumpida por los sauces que a lo lejos marcan la línea irregular del río. El mozo, que se había quedado un tanto atrás, observando el aspecto del cielo y el dilatado horizonte en donde aparecían ya muy desvaídos los arreboles del ocaso, corrió a emparejarse con el jinete.

—¡Pique bien!... ¡Pique bien!... A ver si aun tenemos luna para pasar la robleda.

Pronto se perdieron en una revuelta, al bajar la trocha que desde allí sombrea hasta la "Calzada Vieja" añosos y copudos álamos que llegaban más allá de la casa solariega de unos hidalgos que llamaban los Balaños.

—Vaya prevenido por lo que puede saltar — dijo al jinete en tono quedo el espolique en el momento en que atravesaban el peligroso robledal del molino.

—No hay cuidado.

—Haile, y bien que le hay. Una vez, era uno así de la misma conformidad de usted, porque tampoco tenía temor, y en la misma puente le salieron dos hombres y robáronle todo, y no lo mataron por milagro de Dios...

—Esos son cuentos de una vez...

—¡Tan cierto le es como que todos nos hemos de morir! Hará ahora de esto un suponer...